

gracia, el ejemplo admirable de su vida, tan alejado del mundo, tan enfrenado en sus apetitos, tan puro y casto en sus costumbres, que el cardenal Sforzia Pallavicini, de la Compañía de Jesús, formó del nombre *Paulus Segnerius* este lindo anagrama: *Purus angelus es.*—Eres un puro ángel.



DISCURSO DÉCIMOSEPTIMO

CONTRA LOS INGRATOS

Et surrexerunt, et eiecerunt eum extra civitatem, et duxerunt illum usque ad supercillium montis, super quem civitas illorum erat edificata, ut precipitarent eum.

Levantáronse, y le arrojaron de la ciudad, y le llevaron hasta la cima del monte, sobre el cual su ciudad estaba edificada, con ánimo de despejarle.

LUC., IV, 4-29.

EXORDIO

Ab insinuatione.

AMADOS hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo: escuchad con atención y revestíos de equidad, porque voy á denunciar ante el tribunal de vuestra conciencia cristiana el mayor crimen de la tierra, para que oigáis y sentenciéis. Hablo de la ingratitud de los hombres. Hoy vemos por primera vez en el sagrado Evangelio que hubo en el mundo gente tan desalmada, que tuvo el atrevimiento de poner las manos en nuestro adorable Redentor, y con ejemplo funestísimo arremetieron furiosamente contra él, sujetáronle con afrenta nunca vista, y como á vil prisionero le llevaron á la cumbre de un monte, para despejarle desde allí.

Propos. Denuncia el mayor crimen de la tierra: LA INGRATITUD.

Prehábase por simple enunciación del hecho.

Pero ¿qué veo? ¿No es éste el celebrado Mesías, deseado por tantos siglos, solicitado con tantas súplicas, atraído de los cielos con tanta violencia de amorosos suspiros? Él es, y no otro, el prometido Mesías. ¿Cómo, pues, así le desconocen los hombres y tan fieramente le maltratan, después

Por las circunstancias de la persona del Redentor.

(dubitación)

que tienen al que tanto deseaban? ¡Ah! Razón tenías, ¡oh celestial y soberano Padre, en mostrarte tenaz é inexorable á las plegarias de tus criaturas y en dilatar la preciosa dádiva de tu Unigénito Hijo. ¿Cómo le enviaste, si sabías los malos tratamientos con que sería recibido? Pero venza la caridad de Dios al desalmamiento de los hombres. Sea entregado á muerte el inocente, ya que así lo reclama á gritos la humana perversidad, y, para apartarlo más lejos de su vista, llévenlo á la cima de la montaña y despéñenlo en el hondo precipicio. ¿Quiénes serán los primeros y temerarios que osarán injuriar al divino Salvador? ¿De qué pueblo de la tierra, de qué gente ó república saldrán, de qué ciudad ó casa, ó, por mejor decir, de qué desierto ó madriguera tales monstruos y primeros matadores del Hijo de Dios? No me obliguéis á repetirlo, hermanos míos, que de puro asombro se os erizarán los cabellos y helará la sangre en vuestras venas: Nazaret, la patria de Jesucristo, es la primera en alzar las manos contra su divina persona y darle la muerte.

Aquí, aquí quiero ver confundida la ingratitude de los hombres. ¿De qué suerte? Nazaret, la ciudad más obligada de toda la Palestina al Salvador del mundo, la de donde le plugo tomar el sobrenombre ó apellido, la que escogió por morada y vivienda, fué la primera en alzarse contra Cristo, en embriagarse contra él y á voz en cuello demandarlo para que muriese; ¡tanto le aborrecían sus naturales y conciudadanos! Si los primeros en mostrarle tal ojeriza fueran algunos extraños, no favorecidos y regalados del piadosísimo Jesús, hombres bajos y la escoria del mundo, casi les perdonaría su desmán. ¡Pero los Nazarenos! ¡los amados Nazarenos! Ésta es horrible y no imaginable ingratitude...

Pero ¡ay de mí!, que, si á ellos condeno, he de condenar con la misma sentencia á muchos cristianos. Perdonadme, oyentes míos, si lo digo; á tal extremo de ceguedad y desagrado hemos llegado por nuestros pecados, que los más favorecidos del Señor vienen á ser sus mayores enemigos. Más claro: las personas más calificadas en dignidad, más celebradas por su fama y nombradía, más acomodadas por sus riquezas, más ilustres por su prosapia, son, por des-

(apóstrofe)

(licencia)

De la persona de los enemigos

(interrogación)

(sustentación)

(hipérbolo)

(antítesis)

(incremento)

(epifonema)

(licencia)

(conduplicación)

Consecuencia ó segunda parte á los oyentes;

(contraste)

gracia, no pocas veces los que con mayor osadía ofenden á su divina Majestad. ¿Qué diré, pues? ¿qué partido tomaré? Los confundiré y pondré en una cuenta con los péridos Nazarenos, y demostraré, aunque sólo en general, porque nadie se dé por lastimado, la enorme ingratitude de aquellos cristianos que pagan mal por bien á su magnífico Bienhechor.

(dubitación)

Propos. univer- sal.

PRIMERA PARTE

II

Arg. L.^o
A comparatione.

Mas apenas tomé sobre mi palabra la demostración de esta verdad, ya me encuentro atajado, y casi me pesa de mi empeño. Porque ¿en dónde estoy, hermanos míos? ¿á quiénes hablo y enderezo mi discurso? ¿Hallámonos, por ventura, entre salvajes ó entre cristianos, entre bestias fieras ó entre hombres de razón? Argumento fuera éste para ser tratado á un auditorio de menos entendimiento y perspicacia que el vuestro. Que si los brutos animales fueran capaces de inteligencia, yo me esforzara en darles á entender la fealdad que encierra recibir bienes y devolver en recompensa males.

Transición por corrección.

Silogismo oratorio.

Las bestias fieras no pagan mal por bien. Vosotros recibís de Dios mil beneficios, y le ofendéis. Luego sois más ingratos que las bestias.

Pero ¿qué digo? Ni aun ellos tengo para mí que llevarían en paciencia mi amarga reprensión, y probaríanme con ejemplos innumerables que siempre aborrecieron tamaña ingratitude, y que siempre amaron y jamás hicieron mal á sus amigos y bienhechores. Podríanme citar en su abono la solemne protestación de Séneca: Los beneficios aun las mismas fieras los reconocen, y no hay animal tan indómito, á quien los favores no ablanden y los halagos no domestiquen y hagan amoroso¹. Traerían en testimonio de su dicho la gratitud de los fieros leones, y el señorío grande que sobre ellos tuvo por esta causa Annón Cartaginés, señorío que le hizo sospechoso á su patria, temerosa que todo lo

Propos. mayor en forma de táctica prosopopeya:

por autoridad de Séneca.

¹ Officia etiam ferae sentiunt; nec ullum tam immansuetum animal est, quod non cura mitiget, et in amorem sui vertat.

sujetaría quien hasta las bravas fieras había domado. Re-
cordaríanme las caricias que á Mentor Siracusano hizo un
león, por haberle sacado una espina que se le hincara en el
pie, y los servicios y muestras de lealtad de otro león á El-
pidio de Samos, porque le arrancó al animal un hueso que
se le había atravesado en las quijadas. Contaríanme cómo
una pantera se hizo no sólo amiga, mas amparadora y defen-
sora de un hombre que, movido á lástima, le sacó de una
profunda hoya sus cachorros ó pequeñuelos. Mencionarían-
me lo del dragón de Arcadia, que salvó de manos de unos
salteadores á su favorecedor Toantes, que le daba de com-
mer; y el extraño reconocimiento de aquel otro león, el
cual defendió de las garras de las otras fieras á un bienhe-
chor suyo, lanzado al circo de Roma por sus maleficios, lle-
gándose á él y halagándole amorosamente, con espanto y
aclamación de todos los espectadores.

Y confuso yo ante la muchedumbre de casos tan extra-
ños, ¿qué diría? ¿qué respondería? ¿Negaría la verdad del
hecho? Mas esto fuera negar no sólo la autoridad de Plinio,
por ventura demasiado crédulo, pero juntamente la de un
Séneca, la de Gelio y Aristóteles, la de Casiodoro y Gui-
llermo Parisiense, la de Isidoro Pelusiota y San Basilio
Magno, que de consuno lo atestiguan. ¿Lo concedería lla-
namente? Pero entonces forzáráme la propia vergüenza y
noble indignación de mi pecho á volver á este sagrado pú-
lito y á gritar á voces y como fuera de mí: Hombres, hom-
bres, cristianos, cristianos, que os preciáis de hidalgos y
bien nacidos; venid conmigo á las selvas y soledades, á las
rocas y cavernas, donde aprenderéis de los brutos leyes de
humanidad y agradecimiento. Estos irracionales, regala-
dos por vosotros, veis cómo se amansan y domestican, oyen
vuestra voz, obedecen á una señal de vuestra voluntad, si-
guen vuestras pisadas y no aguzan los dientes para despe-
dazaros, cuando vosotros alargáis la mano para darles de
comer; que los beneficios hasta las fieras los reconocen:
Officia etiam ferae sentiunt.

Y vosotros ¿hacéislo al revés con Dios, vuestro bienhe-
chor? ¿Qué no hace este Padre benignísimo para ganar
vuestros corazones?, decidme, ¿qué no hace? Él, desde la

Conclusión por
dilema:
Negar esto, es
imposible;

por testimonios
profanos:

Concederlo, ver-
gonosísimo.
Transición á la
menor, por sabi-
me apóstrofe y
conduplicación:

antítesis

beneficios divi-
nos,

altura de su majestad y en el lleno de su bienaventuranza,
mira de continuo por vosotros, como si no tuviera otro cui-
dado, y, no contento con proveer á vuestra necesidad, atien-
de asimismo á vuestro bienestar y regalo. ¡Cuántos bienes
ha derramado en la tierra sólo para vosotros! Animales in-
finitos, unos para vuestro recreo, otros de suma utilidad;
plantas varias y diversas, de ellas hermosísimas, de ellas
provechosísimas; minas inagotables, cuáles para vuestra
riqueza, cuáles para medicinar vuestros cuerpos. Todos los
elementos ha hecho como tributarios de vuestra comodidad
y servicio. Por vosotros tiene ocupadas en revolver los cie-
los inteligencias nobilísimas; por vosotros mueve sin cesar
esos planetas, y por vuestro bien mantiene encendidas las
estrellas del firmamento. No da punto de reposo ni á los
ríos, ni á los mares; antes ordena su Providencia que
siempre estén en perpetuo movimiento para vuestro bien,
y fecunden vuestros campos, ó refresquen el calor de vues-
tras entrañas, ó transporten vuestras mercancías, ó satisfa-
gan vuestra codicia insaciable. Todo el universo está en
movimiento por vosotros. Y ¿vosotros, en el tiempo mismo
que Dios os beneficia y regala, le ofendéis, y, pareciendoos
esto poco, entonces le ofendéis con más osadía y desver-
güenza, cuando él os regala con mayor cariño y libe-
ralidad?

Ciertamente, católicos, me parece tan monstruoso este
desconocimiento, que, si yo viniese de nuevo al mundo y
oyera tal nueva, no la creyera; y si me saliese al encuen-
tro un Lactancio, varón gravísimo, y me dijese: ¿Sabéis lo
que está pasando? Son los humanos tan esquivos y des-
amorados con su Dios, que en el punto mismo que gozan
de sus favores y mercedes, y debían deshacerse en alaban-
zas de la divina bondad, ellos jamás alzan los ojos á mirar
de dónde les viene tanto bien¹: figurásemme que le contra-
diría en estos términos.—No lo creo, no puede ser. Enca-
recimientos son de lenguas mentirosas; embustes, tal vez,
de corazones aviesos.—Pero ¡oh desengaño! Si luego, en

en la tierra,

en el cielo;

ingratitud de los
hombres.

Asimilación
por ficción ó hi-
potesis.

Testimonio en
forma de dialo-
gismo:

afectos de rubor.

¹ Tum maxime Deus ex memoria hominum elabatur, cum beneficiis ejus
fruentes, honorem dare divinae indulgentiae debent. Divin. Inst. Lib. II, c. 1.

confirmación de su dicho, me adujese la experiencia de los siglos y de todas las generaciones, sería finalmente forzado á darme por vencido y á decirle muy á pesar mío: Así es: tenéis mucha razón.

III

Y ¿no es cosa averiguada cuánto se desvanecen y empeoran en las prosperidades los corazones de los hombres? Oid cuán amargamente se querella Dios por Jeremías: Mis hijos fueron engrandecidos y prosperados, engrosaron y fueron abastecidos; mas ¿qué sucedió á esta bienandanza? Quebrantaron mis mandamientos con grande desvergüenza:

*Magnificati sunt, et ditati, incrassati sunt et impinguati, et practerierunt sermones meos pessime*¹. Los que en Egipto,

entre el lodo y estiércol de los adobes y bajo el yugo de miserable servidumbre, se habían mantenido fieles á su Dios, por manera que, de común consentimiento de los sagrados doctores, no resbalaron en todo aquel tiempo en ningún linaje de idolatría; apenas vieron que los mares se abrían á su paso, y que las nubes les llovían suavísimas viandas, y que la noche se iluminaba y el día se oscurecía, y las duras piedras les manaban raudales cristalinos, y el desierto florecía para su deleite; no bien empezaron á sujetar á los pueblos con la fuerza y á dominarlos con potente señorío, cuando se apartaron del culto del verdadero Dios con insufrible altanería, y no hubo árbol bajo cuya copa no quemasen incienso á mentirosos dioses, ni piedra sobre la cual no levantasen altares de abominación, como por galana manera los zahiere Oseas: Vid frondosa Israel, según la muchedumbre de sus frutos multiplicó los altares, y, conforme á

la abundancia y grosura de su tierra, así creció en abominables ídolos: *Vitis frondosa Israel, secundum multitudinem fructus sui multiplicavit altaria; juxta ubertatem terrae suae exuberavit simulacris*². Saúl, que, apacentando las pollinas de su padre, era el hombre más piadoso y sencillo, vino con el mando á ser el más pérfido y arrebatado³. David, que,

¹ Jer., v, 27-28. — ² Os., x, 1. — ³ 1 Reg., xxii.

fugitivo y perseguido, era dechado de inocencia y mansedumbre, establecido y asegurado en el reino fué adúltero y homicida⁴. Tras la pujanza vino á idolatrar el sapientísimo Salomón; Ozías, después de la paz, fué sacrilego; Joás, con los honores, insolente; Ezequías, tras la salud, vano y fastuoso; Agar, fecunda y con un hijo, petulante; Sansón, después de la victoria, lascivo y blando; y, generalmente, raros han sido los que mantuvieron en la próspera fortuna aquella virtud que mostraron en la adversidad.

¿Y qué es esto sino corresponder con ofensas enormes á su gran Bienhechor? Decíanle á Dios (veis aquí el lenguaje de esos ingratos, según leemos en Job): Apártate de nosotros, que para nada te hemos menester. Apártate, que nada tenemos que ver contigo.—Mas ¿cuando le ultrajaron con tal descaro y villanía? ¿Cuando los estrechaba con hambre? ¿cuando los afligía con enfermedades? Muy al revés;

no fué sino cuando había henchido sus casas de bendiciones. *Dicebani Deo: Recede a nobis, cum impleisset domus eorum bonis*⁵: en el momento mismo que derramaba sobre ellos mil felicidades y venturas, ó, por mejor decir, cuando ya las había derramado: *Cum impleisset, non cum impleret*. Porque, mientras tenían que recibir, veneraban á Dios aquellos ambiciosos y avarientos con alguna muestra de acatamiento y reverencia; pero, en viendo la casa llena, decíanle al Señor: Ya te puedes apartar, que no te hemos menester.— ¡Sentencia espantable, pero profundamente verdadera!

IV

Mas, para no combatir más largamente la ajena ingratitude, teniendo tanto de qué confundirnos nosotros mismos, ¿qué diremos de nuestro olvido y deslealtad? ¡Oh, hermanos míos muy amados!, meta cada uno la mano en el seno, que fácil será que la saque, como Moisés, leprosa. Quiero decir, que nos reconozcamos y averigüemos si somos mejores y más humildes cuando el Señor, con diestra favorable,

⁴ 2 Reg., xi, 4-14. — ⁵ Job, xxii, 17-18.

Fig. 2.^o
De la circunstancia del tiempo.

Los hombres empecoran al tiempo mismo de la prosperidad: Pero esto es horrendo in gratitud. Luego.

Mayor, demostrada por autoridad.

por ejemplo de Israel.

(antitecís)

(semejanza de la vid frondosa)

de Saúl,

de David,

de Salomón, etc.

Propos. menor: por las palabras de los mismos hombres.

prosopopeya.

Conclusión.

epifonema.

Arg. 3.^o
De la circunstancia del modo; aplicación del anterior.

Valiémosnos de los beneficios de Dios, como de armas contra Dios. Luego.

prospera nuestros deseos y alivia nuestras necesidades. Decidme, por ejemplo, ¿no estimamos por singularísima merced el que nos otorgue cosechas abundantes? Así es, y todo el año estamos suspirando por ello, y pidiendo que hermosee nuestras campiñas con más ricas y doradas mieses; que cubra nuestros viñedos con más espesos racimos; que fecunde nuestros árboles y lleven más copioso y regalado fruto. Pero el Señor nos favorece, y ya hemos conseguido lo que deseábamos; ¿qué hacemos? ¿Somos acaso más diligentes en las cosas de su servicio? ¿Corremos á darle gracias? ¿Vamos á los templos y llenamos de presentes los sagrados altares? ¿Socorremos más liberalmente á los pobres y menesterosos?, ó cuando menos, dice Salviano, ¿sacrificamos en nuestro corazón víctimas de pecados? ¿Prometemos nueva vida? ¿Entablamos costumbres más concertadas y edificantes? Parece natural que nos desvelemos en compensar á Dios los beneficios que de su larga mano recibimos, multiplicando los sacrificios de veneración, de culto y alabanza.

Però ¿imagináis que sea así?, exclama aquel varón insigne. Pues hacémoslo muy al revés. Si Dios nuestro Señor nos envía copiosas rentas y abundancia y tranquilidad, más aun de lo que acertáramos á desear, luego nos desvanecemos y maleamos con la próspera fortuna, y viciámonos con estragadas costumbres, por manera que casi llegamos á olvidarnos de Dios y de nosotros mismos¹. ¿Sabéis entonces en qué pensamos? En ensanchar nuestros graneros, en doblar nuestras bodegas, y, olvidados de la vida por venir, decimos á nuestra alma con el rico del Evangelio: *Anima mea, habes bona posita in annis plurimos*. Alma mía, tienes hacienda para muchos años; por consiguiente, comamos y bebamos y démonos á convites y regocijos: *Comede, ergo, bibe, epulare*². Albricias, pues; tiempo es ahora de holgarne, de

¹ Compensare, credo, domino Deo nostro cultu, honore, reverentia, ea quae ab eo accepimus, nitimur... Si quando nobis Deus proventus uberes, tranquillitatem et abundantiam dederit super vota crescentem, tanta secundarum rerum prosperitate corrumpimur, tanta insolentium morum pravitate vitiamur, ut et Dei penitus obliviscamur, et nostri. Lib. vi de Prov.

² Luc., XII, 19.

jugar, de divertirme dondequiera que haya zambra y diversión, para gastar lo que hemos ahorrado. Tiempo es, decimos en nuestro corazón, de llevar á efecto aquella venganza; tiempo es de combatir aquella castidad y desfogar mi pasión; tiempo es de ganar aquel juez; tiempo de sobornar al otro magistrado; y á este tenor, ¿quién lo creyera?, venimos, en nuestra ceguedad y bestial ingratitud, á valer nos de los beneficios de Dios como de armas contra el mismo Dios.

¿Pues qué? Imaginad que tras larga guerra alcanzamos la suspirada paz; ¿no vamos desalados á los bailes y teatros, á los saraos y banquetes? Figuraos que convalecemos por la misericordia divina de obstinada enfermedad; ¿no tornamos á nuestro antiguo desenfreno, á la libertad, á los celos y competencias? Y ¡cuántas veces nosotros, que en calidad de simples ciudadanos éramos corteses y respetuosos con todo el mundo, en viéndonos revestidos de alguna dignidad, ó con títulos más ilustres, ó emparentados con familias más conspicuas, ó enricados en la cumbre de la grandeza, erguimos de súbito la frente, fruncimos el ceño, vestímonos con lujo, desdeñamos el antiguo trato y familiaridad y nos avergonzamos tal vez de que nos vean en las iglesias ú oratorios de penitencia, que antes piadosamente frecuentábamos! ¿En qué empleamos el ingenio que el Señor nos dió para estudios más provechosos y macizos, sino en escribir cantares profanos ú obras baladías? ¿En qué la cordura y consejo, de que el Señor nos dotó para empresas de su servicio, sino en urdir trazas perversas ó interesados manejos? ¿En qué la dignidad y señorío, que el Rey eterno depositó en nuestras manos en orden al común provecho, sino en vejaciones desapiadadas ó intolerables violencias? ¿Qué más? Abusamos de la salud para la liviandad, de las riquezas para el lujo y ambición, de la hermosura y buen parecer para la vanidad y torpeza, como ya en sus días lo lloraba San Jerónimo: *Sanitate abutimur in libidinem, divitias veritimus in luxuriam, bonanique formam sordida conversatione turpamus*.

Y ¿no es esto, hermanos míos, devolver mal por bien á nuestro Dios? Semejante es nuestro indigno proceder al del

Antec. por in-
dición cotidiana:

en las buenas co-
sechas,

(interrogaciones)

lo que fuera bien
hacer:

lo que hacemos,

lo que decimos,

(prosopopeya)

reduplicación

conclusión final.

Sigue la induc-
ción más rápida;

abusamos de la
paz

de la honra,

(imagen)

del ingenio,

de la prudencia,

del mando,

de la salud y her-
mosura.

Conclusión final
y confirmación a
pari del otro ca-
pítulo.

otro capitán por sobrenombre Eribato, el cual, como hubiese recibido una gruesa cantidad de su rey Creso, valiöse de ese oro para alistar contra él muchedumbre de soldados con que hacerle guerra. Yo robustecí sus brazos, oigo decir á Dios por su profeta Oseas. Yo robustecí sus brazos, y ellos ¿qué hicieron?, y ellos tramaron contra mí pecados y maldades: *Ego confortavi brachia eorum, et ipsi in me cogitaverunt malitiam* ¹. ¡Ah! y ¡cuán frecuentemente se ve entre nosotros deslealtad tan monstruosa! No es menester detenernos en probarlo; lo que importa es trabajar en destruirlo.

y por autoridad.

(exclamación)

Arg. 4.^o
Aspiración capul
del anterior.
Transición por
climax.

Es enorme ingrati-
tud imaginar la
muerte al heribe-
chor. Eso hacéis
pecando. Luego.

Mayor, por hipó-
tesis y confesión
de los oyentes.

por autoridad de
San Zenón y San
Crisóstomo.

Por comuni-
cación libre.

V

Porque, en hecho de verdad, ¿qué pecado sería tan feo y detestable no dar á Dios las debidas gracias por tantos beneficios? Pero ¿qué sería el ocultarlos? ¿qué el negarlos? ¿qué el lanzarlos de nuestra memoria? Pues ¿qué nombre merece quien ultraja á tal dador? Decídmelo, por vida vuestra, ¿qué saña concebiríais contra uno á quien, dándole vosotros un rico presente, os da en retorno un bofetón, y, librándole vosotros de la misma muerte, él en desquite os clava el corazón de una estocada? Digo más; si vieseis tan villano proceder, no ya respecto de vosotros mismos, ni de personas allegadas, ni conocidas ó naturales, sino de extraños y desconocidos, ¿no se os encendería la sangre de pura indignación? ¿No llamaríais sobre la cabeza de aquel ingrato todos los rayos del cielo y las furias de todo el infierno? El bienaventurado San Zenón ² no puede contener su lengua que no la desate contra Saúl, que intentaba dar muerte á David, cuando éste le templaba su dolor con las armonías de la cítara. San Crisóstomo esgrime su elocuente pluma contra los hermanos de José, porque concertaban entre sí de quitarle la vida, cuando él los buscaba con la cestilla al brazo para proveerles de mantenimiento.

Mas quiero presentaros un suceso menos conocido, y, considerandoos como jueces en tribunal para sentenciar en de-

¹ Os., VII, 15. — ² De liv. et indiv.

recho, tomaré yo las partes de fiscal, y el reo que traigo á vuestro examen es la persona de un emperador. Dad, pues, audiencia y escuchad la acusación. Basilio, emperador famoso del Oriente, andaba una vez montando por los cerros y espesuras de una selva, cuando acaeció que un ciervo de desmesurada grandeza le salió al encuentro, y el rego cazador le acometió, le detuvo en la carrera, y ya enristraba la pica ó lanzón para matarlo. El ciervo revolvióse bravamente, y tan junto se llegó al príncipe que, metiéndole en la cintura ó talahí un asta de su larga cornamenta, levantáralo en alto, y le quitara sin duda la vida, si un gentil-hombre, que á la sazón estaba cerca, no se abalanzara con gran ímpetu y, desenvainando su espada, no cortase rápidamente el ceñidor del príncipe. Vueltos á palacio al anoche- cer, y divulgada por la ciudad la fama de aquel hecho tan hazñoso, apresurábanse todos y cercaban al magnánimo cortesano, y dábanle el parabién por la buena suerte que le había cabido de salvar la vida al Emperador. Quién imaginaba que sería muy luego encumbrado á la imperial privanza, ó á los cargos más preeminentes del Estado; quién que recibiría algún título de primera grandeza; quién le pronosticaba magníficos presentes de la real casa, parentescos ilustres, puestos honrosos y brillantes: cuando el ruin Emperador, no sufriendo, conforme á la mala costumbre de muchos sublimados en dignidad, reconocerse por deudor á ningún súbdito ó vasallo, ¿qué hace el muy ingrato y desconocido? Manda llamar al ministro de justicia, y, so color de que el tal gentil-hombre había atentado contra la imperial persona, ordena que le corten públicamente la cabeza como reo de lesa majestad, y así se ejecutó, con asombro de los circunstantes, que vieron palpitante y moribundo sobre un cadalso al que esperaban ver junto al trono y en el gobierno del imperio.

Oísteis la triste y desgarradora historia, cuya narración os ha conmovido, sin duda, las entrañas. Los autores que la cuentan, á saber, Cedreno y Zonaras, no acaban de abominar tanta perfidia. Y á vosotros ¿qué os parece? Si tuvieseis al malvado en vuestras manos, ¿qué suplicio le daríais? ¿podríais conteneros que no arremetieseis contra él y

Basilio manda
cortar la cabeza á
su libertador.

Exposición:

el ciervo y el em-
perador.

Nudo: parabie-
nas y esperanzas.

Desenlace: la
muerte en un ca-
dalso.

Fallo del audi-
torio.

del orador,
del Sabio.

le maltrataseis á puñadas de puro coraje? Creo que no: yo ciertamente, cuando lo oí por primera vez, senti alterármeme el corazón, porque si bien sabía por el Eclesiástico que los ingratos abandonan á su valedor y libertador: *Ingratus sensu delinquet liberantem se*¹, pero nunca leí que llegase á término su locura que á sus ayudadores los matasen y destruyesen; esto me parece inconcebible.

Aplicación por
comparación á
minori ad ma-
jus.

de la primera par-
te

¡Dios nuestro li-
bertador.

de la segunda

(vosotros los ma-
tadores de él).
Consecuencia.

Anticipación: Es
encarecimiento.

Pero, ¡Dios santo!, ¿cómo al tratarse de su divina Majestad sentís tan de otra manera? ¿no os ha hecho mercedes como éstas?, ¿qué digo como éstas?, mayores sin comparación, infinitamente mayores. Porque, al fin, ¿qué beneficio recibió Basilio de aquel su vasallo? Que le sacase una vez del inminente riesgo de la vida. Pues de tales y mayores ¿cuántas veces os ha librado Dios nuestro Señor? ¿cuántas, en el decurso de vuestra vida, ha peligrado ésta en mar y tierra, ó por la destemplanza de los elementos, ó por la furia de los animales, ó por el frenesí de los hombres, ó por el coraje de los demonios? ¿No estaríais ardiendo en los profundos infiernos con sólo haber dejado que os devorase y consumiese una calentura, ó que os acabase un catarro, ó que os royese las entrañas un cáncer, ó que os saltease de improviso un derrame cerebral ó un accidente de corazón? Pero vuestro Padre celestial, como valiente defensor, empuñó la espada de su incontrastable poder, *apprehendit arma*, y os ha libertado con su diestra de las criaturas todas, que en calidad de ministros de la divina justicia clamaban venganza contra vosotros, *et exsurrexit in adiutorium vestrum*. Y vosotros ¿qué le disteis en galardón? Oídselo al Apóstol de las gentes. Tomasteis, dice, en vuestras manos el fatal martillo y los sangrientos clavos de su sagrada Pasión, y por manera extraña volvisteis, ¡oh montruos de ingratitude!, volvisteis á crucificar al Hijo de Dios, haciendo de ello ostentación y donaire: *Rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes*². Y ¿no se horroriza vuestra alma? ¿y no se os enciende la sangre contra vosotros mismos, como os enojasteis poco ha contra el infame Basilio?

Y no diga nadie que este modo de hablar es encareci-

¹ Eccli., xxix, 20.—² Hebr., vi, 6.

miento del Apóstol y metáfora elegante, pero que en realidad vosotros jamás disteis muerte al Salvador en los días de vuestra vida. ¿Cómo, los Nazarenos acaso, porque no llevaron al cabo su infernal intento de matar á Cristo, que se deslizó invisiblemente de sus manos, no fueron reos del enorme crimen, pues de su parte no faltó desamor y diligencia? No le crucificasteis, es verdad, porque Jesucristo vive bienaventurado, vive inmortal, vive impasible á la diestra de su eterno Padre; pero, de parte vuestra, nada faltó para que le crucificaseis de nuevo, siempre y cuando pecasteis mortalmente. Y ¿por qué?, diréis. Porque, responde Santo Tomás de Aquino, porque quien peca, por la injuria que comete contra Dios, da, cuanto es en sí, causa suficiente para que Jesucristo sea otra vez crucificado y muerto: *Cum peccas, quantum in te est, das occasionem ut iterum Christus crucifigatur*¹.

Resp. a simili
por el hecho de
los Nazarenos.

doctrina de San-
to Tomás.

VI

Arg. 5.^o
DE LOS EFECTOS.

Pero demos que sea así como decís. ¿Paréceos que pagáis digna y suficientemente las infinitas dádivas que á vosotros, miserables pecadores, os hace Jesucristo, sólo con no matarle? Fuera de esto, hacéisle toda suerte de agravios. Maldecir su santo nombre, acusar su Providencia, escarnecer de sus ministros, maltratar de palabra y de obra á sus siervos, profanar sus fiestas, quebrantar sus mandamientos: ¿no es éste el retorno y común estilo de los pecadores? ¡Oh crueldad! ¡oh inhumanidad! ¡oh bestial ingratitud! Los moradores de Betulia, habiendo sido por el esfuerzo de la heroína Judit libertados del estrago que les amenazaba, no se contentaron con no matarla, sino que á una voz la bendecían todos con magníficas alabanzas, y clamaban: Salve, gloria de Jerusalén; salve, regocijo de Israel; salve, ornamento de nuestro pueblo²; le ofrecieron espléndidos regalos, le hicieron infinitos obsequios, y muerta finalmente

Ya que no le ma-
teis, hacéisle to-
do el mal posible.
Mas esta es error-
me ingratitud.
Luego.

Transición por
concesión.

Prop. mayor
por incremento y
asistiendo.

Prop. menor,
por comparacio-
n, a contrario,
Israel.

¹ In epist. ad Hebr., c. 6, l. 1.

² Benedixerunt eam omnes una voce dicentes: Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Faraón, la lloraron siete días con llanto inconsolable. Ni se contentó Faraón con no matar á José, que le pronosticó una horrible carestía, con lo cual se previnieron los daños con anticipación, mas le encubrió al supremo mando y gobernación de Egipto. Ni se satisfizo el rey Asuero con no dar muerte á Mardoqueo, de quien supo una horrible conjuración que se tramaba, á tiempo que se pudo cortar, pero le honró con una de las primeras dignidades de Persia. Y comúnmente, ninguno se contenta con no usar más señales de agradecimiento por las mercedes recibidas, que no dar muerte al bienhechor, beneficio que llaman de ladrones. Sólo vosotros os tenéis con esto por desobligados de las infinitas mercedes que os hace, y por lo demás nada os importa desobedecerle, blasfemar su nombre, escupir sus leyes, y poner vuestra mayor gloria en los mayores ultrajes y desacatos á su divina Majestad.

Y ¿por qué, decidme, por qué tratáis tan mal á un Dios tan bueno? ¿Por qué, respondedme, hermanos míos, por qué?... Sé muy bien, dice San Crisóstomo, que si un hombre de la tierra os hubiese hecho la mitad de los favores que habéis recibido de Dios, no os atreveríais á causarle la menor pesadumbre, antes procuraríais saldar la deuda con todo linaje de servicios. ¿Qué obsequios tan afectuosos no haríais á quien os hubiese dado las ricas posesiones y heredades de vuestra casa? Ponderadlo y alzad los ojos á vuestro único bienhechor. Si un hombre os hubiese dado esa salud que el Señor os otorga, si un hombre os prolongara los años y la vida, que Dios graciosamente os va dilatando, ¿qué hacimientos de gracias y cuán entrañables le daríais? ¹

¿Por qué, pues, no obráis con la misma hidalguía y correspondencia respecto de nuestro Señor, sino tan al contrario y feamente, que se queja por Isaías de vuestra descortesía y olvido, repitiendo: *Filios enutivi et exaltavi, ipsi autem spreverunt me*? ² Crié hijos y ensalcélos; criélos con tantos dones de naturaleza, ensalcélos con tantos dones de gracia,

¹ Si haec ab homine aliquo in vos merita collata fuissent, nonne saepissime servitum addixissetis vestram? Ad Rom., hom. 6.

² Is., I., 2.

Transición. y ellos en retorno me despreciaron. ¿Será por ventura porque es más fácil mostrarse agradecidos á los hombres que no á Dios? Si así fuese, no me dolería tan amargamente; pero veis aquí lo más digno de lágrimas y confusión: somos á menudo agradecidos á los hombres, á quien es muy dificultoso ser agradecidos, y somos ingrátimos á Dios nuestro Señor, á quien satisfacer y contentar es facilísimo.

VII

Vedó el Señor en la Ley vieja á los judíos que no le ofreciesen peces en los sacrificios. ¿Sabéis darme la razón? ¿No son acaso buenos de comer y al paladar muy exquisitos y sabrosos? Sí, responde el Abulense, pero, en cambio, ¡cuán difíciles de coger! Moran en lo profundo del agua, desviados de nosotros; tienen sus viveros escondidos; se nos ocultan sus escondrijos y madrigueras, se escabullen con facilidad, y maliciosamente se nos deslizan de las manos. Pues vayan en buen hora, que Dios nuestro Señor no nos pide sino cosas fáciles y hacederas. Por la misma razón, ¿habéis leído jamás que exigiese en víctimas y holocaustos esos animales raros y montaraces, como ciervos, corzas ó jabalíes? No; guardese este rigor para los dioses gentílicos, porque el nuestro se contenta con animales caseiros y domésticos, como ovejas y corderillos, como terneras y becerros, y entre las aves sólo admitió las tórtolas y palomas, y no como el otro emperador ¹ que exigía que le sacrificasen los pájaros más extraños ó de vuelo más encumbrado y rápido. Y ¿por qué demandaba en los sacrificios más solemnes cosas tan vulgares y comunes, sino para darnos á entender que no es Dios malcontentadizo y quejumbroso? Cualquier obsequio le satisface, cualquier servicio le contenta, como quien mira principalmente al corazón. Si la voluntad está pronta, dice el Apóstol, por poquito que sea, Dios lo acepta muy gustosamente: *Si voluntas prompta est, secundum id quod habet, accepta est* ².

Arg. 6.^a
A FACILIORI. Es más fácil ser agradecidos á Dios que á los hombres. Luego es enorme ingratitud volverle mal por bien.

Antec. 1.^a parte. Dios con poco se contenta;

(por autoridad y ejemplo)

porque mira al corazón.

¹ Eliogábalo. — ² 2 Cor., VIII, 12.

Antec. 2.^a parte. Los hombres son exigentes y descontentadizos

(por experiencia y dialogismo.)

porque buscan su propio interés.

Torna al antec. Dios sólo quiere que guardemos sus mandamientos.

por autoridad

(comemoración y subjunción).

Consecuencia fr. ni.

Confirmación. Dais las gracias á otros, y no á mí.

Compleción.

¿Quién duda, pues, que es más fácil ser agradecidos á su Majestad que no á los hombres, altaneros, exigentes, codiciosos é interesados, que no se pagan de estériles agasajos y afectos infructuosos del corazón, sino de los presentes de las manos llenas? Imaginad, si no, que el estudiante al maestro, el cliente á su abogado, el enfermo á su médico, le dijese: Señor mío, yo le saludo á usted muy cortésmente cuando le encuentro; bástele mi afecto y buena voluntad: yo no falté á su reglamento en la cátedra, ni á sus sabios consejos en el pleito, ni á su régimen en los medicamentos. Imaginad, digo, que obrasen en esta forma: ¿quedarían comúnmente satisfechos ni el maestro de su discípulo, ni el abogado de su cliente, ni el médico de su enfermo? No por cierto: quieren sobre el afecto, y más que el afecto y voluntad agradecida, algún emolumento é interés; exigen paga, demandan su salario.

Pero á Dios nuestro Señor bástale lo que á nadie basta. No pide en pago, sino que guardemos perfectamente los mandamientos, que para provecho de nuestras almas ordenó: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* ¹. Y, aun de tales mandamientos, sólo quiere que guardemos los que están fácilmente en nuestra mano el observarlos. ¿Eres pobre y no alcanzas á pagarle con limosnas? Conténtase que le pagues con ayunos y alguna mortificación de tu carne. ¿Estás enfermo y no puedes ayunar? Conténtase que le satisfagas con limosnas. ¿No puedes ni uno ni otro? Pues dase por bien pagado con que lo suplas, por ejemplo, con tu vida templada y ejemplar, con tu hablar modesto y recatado, con tus oraciones frecuentes y fervorosas. En suma, conténtase nuestro Señor con lo que á ningún hombre suele contentar, que es, como dijo San Agustín, con no ser desacatado y ofendido. No demanda premio ni otro interés, sino sólo honor y reverencia: *Non praemium postulat, sed honorem* ².

¿Quién nunca creyera que aun este corto agradecimiento regateamos al dador de todo bien, y por ventura nos mostramos más reconocidos á los hombres que á Dios, como si los favores que de las criaturas recibimos en el orden de causas

¹ Matth., xix, 17. — ² Serm. 119 de Tem.

secundarias no proviniesen principalmente de aquella causa suprema y piélagos de infinita liberalidad? Y es así, por nuestra ceguedad y miseria. Yo los redimí, decía el Señor por su profeta Oseas, y ellos hablaron contra mí sandeces y mentiras: *Ego redemi eos, et ipsi locuti sunt contra me mendacia* ¹. Los redimí de la pobreza, los redimí de la ignorancia, los redimí del vil estado y miserable fortuna en que se consumían; y ellos mintieron contra mí, atribuyendo las mercedes y tesoros de mi largueza á vanas criaturas; á otros reconocieron por deudores de las riquezas y no á mí; á otros atribuyeron la salud y sabiduría y no á mí; á otros los honores y dignidades y no á mí. ¡Oh desacordados hombres! ¡oh vilipendio de mi Dios! ¿No es ésta una injuria gravísima contra la suma bondad?

Afectos de queja

indignación.

VIII

Arg. 7.^o y PRORROGACIÓN.

Pero hay más, oyentes míos, hay más, y al reconocerlo, creedme, el corazón se me parte de dolor. Porque, poco fuera que la majestad de Dios tuviese que ceder en esto su lugar á los hombres y criaturas racionales; lo más horrible, y que sobrepuja todo encarecimiento, es que ha de ceder también á los mismos brutos, con ser animal tan aborrecible, tuvieron en Egipto culto especial y honores muy señalados, porque ahuyentaron de los confines egipcios unos ladrones de Etiopía. Los carníceros buitres tuvieron altares é incienso, porque acabaron con unas serpientes que estragaban y assolaban los campos. Igual veneración consiguieron unas aves que llamaban Ibis, por haber muerto ciertas sabandijas como dragones alados, que á la entrada de la primavera venían de la Arabia; y por beneficios semejantes alcanzaron estúpida adoración otras alimañas. ¡Tanto pudieron recabar de pechos bárbaros vilísimos animales, por favores que realmente no lo eran, por faltalles voluntad de hacer bien! Y Dios ¿no podrá recabar de vosotros, cuando menos, que no le ofendáis?

A comparatione. Mas agradecidos nos mostramos á los irracionales que á Dios. Luc-go.

Antec. por la historia antigua.

Consec. por epifonema.

¹ Os., vii, 12.

Antec. por los hechos.

Mas ¿á qué recurrir á los bárbaros y ciegos gentiles? Decidme: ¿no acariciamos á un perro, porque nos sirve de fiel guarda y defensor? ¿no halagamos á un caballo, porque nos lleva con gentileza y rapidez? Y, en general, ¿no tenemos por linaje de inhumanidad que se lastime ó maltrate cualquiera bestia ó animalejo inocente, que no nos causa daño? ¿no sabemos que los senadores atenienses depusieron á un ciudadano principal por reo de crueldad, porque lanzó de sí una aveilla que, huyendo de las garras de una águila, se acogió á su regazo? Y ¿por qué, pues, colmándonos Dios de beneficios inestimables, parece que nos gozamos en injuriarle?

Consec. por interrogación.

AMPLEACIONES de los afectos de vergüenza, corrección,

comunicación,

¡Ay de mí!, que me veo corrido y avergonzado de haber traído á comparación al Dios de la majestad con los brutos animales; porque, como nota San Jerónimo, cuando se coteja lo grande con lo vil, la comparación de lo vil redunda en menosprecio de lo grande: *Quando majora minoribus coaequantur, inferioris comparatio superioris injuria est*. Pero ¿qué puedo hacer? ¿no es harto verdadero lo que os cubre de confusión? ¿qué decís, pues, amados hermanos míos? ¿qué respondéis? ¿de dónde nace tan ruin correspondencia para con Dios nuestro Señor? ¿Acaso por ser Dios el bienhechor amorosísimo no queremos reconocerle por tal? Así es, por nuestros pecados; así es. Os amé, dice el Señor, y vosotros replicasteis: ¿en qué ó dónde nos habéis amado? *Dilexi vos, dicit Dominus, et dixistis: in quo dilexisti nos?*¹ Dios es el único excluído de nuestro amor y agradecimiento. Somos agradecidos á los hombres, somos agradecidos á los brutos animales, y sólo con nuestro Dios y magnífico derramador de misericordias porfiamos en ser desconocidos, y no sólo desconocidos, mas injuriadores, y no injuriadores comoquiera, mas impíos y obstinados.

Quejas amorosas de Dios,

por reduplicación y comunicación.

¿Qué otro arbitrio le queda ya para atraer nuestro corazón, si no lo atrae con las dulcísimas prisiones de sus dádivas? Hablad, pecadores y oyentes míos; decid, os ruego, ¿qué medio tomará Dios para ganaros á su amor y conquistaros á su obediencia? Va en vuestro seguimiento, perdido

¹ Malach., 1, 2.

de amores por vosotros; en vosotros piensa, por vosotros suspira, y sin vosotros no le parece cumplida su bienaventuranza. Pensaba su divino Corazón que os rendiríais finalmente á amar á quien tanto os ama; pero, frustradas lastimosamente sus esperanzas, ¿qué queréis que haga? ¿qué partido tomará? ¿Queréis que emprenda otro camino á fin de reduciros? ¿que empiece á abandonaros? ¿á no favoreceros? ¿á dejaros precipitar en la eterna ruina y perdición? No permita el cielo tan horrenda desventura; no, no encoja Dios su mano con vosotros. ¡Oh, si supierais el agravo grandísimo que le haríais, si le forzarais á retirar sus misericordias!

Efectos de la ingratitud, seca el manantial de las gracias.

Y ¿por qué imagináis que le desagrada tan hondamente nuestra ingratitud? Cabalmente por esta razón: porque la ingratitud es áquel viento abrasador, descrito por el profeta Isaías, que seca el arroyo copioso de la divina beneficencia y la tierra fecunda de la soberana largueza¹. De aquí que se queje en el salmo tan acerbamente de los tales que le pagan maleficios por beneficios. No se duele su Majestad por interés ó provecho propio, no por la injuria que le hacemos; pésale nuestro desagrado, ¿sabéis por qué? Porque esteriliza su alma y seca las fuentes de su clemencia: *Re-tribuebant mihi mala, sterilitatem animae meae*². Ea, herma-

Obsesión.

nos míos, no cerremos el paso á la corriente de sus gracias; cólmenos más y más de sus bendiciones, y por lo tanto mostrémoslos agradecidos á las muchas que hasta hoy habemos recibido.

SEGUNDA PARTE

Arg. 8.ª A CAUSIS.

IX

Habéis visto, amados hermanos míos, que no es paradoja, sino simple y espantosa realidad, que los más favorecidos de Dios en este mundo, y como criados á los pechos de su real munificencia, son precisamente los más rebeldes á

Epilogo.

¹ Bern. serm. 15 in Cant. — ² Ps. XXXIV, 2.

su voluntad, y más empinados y soberbios contra Dios. Más se enriegen contra Dios, decía San Gregorio, los que Dios regala más copiosamente sobre todo merecimiento: *Magis contra Deum elevantur, qui magis ab ejus largitate contra meritum ditantur.* ¡Correspondencia horrible y estúpida, que los abastecidos de comodidades y honores sobre el resto de los hombres sobrepujan á los demás en ofender á su grande y continuo bienhechor! Mas ¿cuál puede ser la causa de tan negra villanía? ¿De donde podrá nacer tan monstruoso comportamiento? Estudiémoslo, averigüémoslo.

Cuestión.

Causas de esta ingratitude tan villana: el temor de perder los bienes que poseemos.

Próbese a) Por el hecho de los Nazarenos,

confirmado por Maldonado.

β) Por inducción de cotidianos ejemplos; distribución.

El padre de familia.

Pero ninguno se fatigue por hallar la raíz de esta humana contradicción; creo verla en el Evangelio de este día en los mismos Nazarenos, desagradecidos y perseguidores de Cristo, su vecino y favorecedor. ¿Qué cosa pudo engendrar en sus corazones tal ojeriza y perversidad contra el Salvador del mundo? ¿Sabéis cuál? La vana sospecha y concepto que de él cobraron, teniéndole no por amigo y vecino, sino por rival y competidor. Me explicaré. Oyeron ellos, y se ponderación del doctísimo Maldonado, que el divino Maestro, al reprender sus vicios, como que les amenazaba con trasladar la religión y culto del verdadero Dios del judaísmo á la gentilidad, y alarmados con esta presunción pusieronse á punto de guerra contra él, reclusando en su conciencia que les quería quitar lo mismo que les había otorgado¹. Se encendieron en gran saña, dice el sapientísimo intérprete, porque parecía significar el Salvador que la gracia de la fe pasaría de los judíos á los gentiles.

Veis aquí lo que más de ordinario nos hace ingratos y desconocidos. Tememos no nos arrebate lo nuestro, como si á Dios le fuera más costoso no habérselo dado que, después de dado, arrebataránselo. Veréis un padre de familias á quien el Señor ha favorecido con hijos de muchas prendas y de halagüeñas esperanzas; ¿cómo, pues, desleal y desagradecido, los cría tan descuidadamente? ¿tan poco aplicados al estudio? ¿tan derramados y lejos de las iglesias? ¿tan libres y dados á la vanidad? Porque teme no se

¹ Et repleti sunt ira, eo quod visus est Christus significare, gratiam Dei a judaeis transferendam ad gentes.

le hagan sacerdotes ó religiosos, y le quite su Majestad lo que les dió. Veis un caballero á quien nuestro Señor hizo muy rico y adinerado; ¿cómo en hacimiento de gracias se muestra tan estrecho y desamorado con los pobres, tan duro con los criados, tan olvidado de las necesidades de los ministros del Señor? Porque teme no empobrecerse y que le despoje Dios de lo mucho que le enriqueció. Ésta, ésta es la principal causa de nuestro feísimo comportamiento con Dios; presumir y sospechar que es nuestro enemigo quien ha sido con nosotros tan manirroto y espléndido.

Y á decir lo que siento, es indecible el estrago que causa en un alma, en dando lugar á esta presunción y desconfianza de su divina Majestad. ¡Oh! ¿á qué extremos no le arrastra? ¿á qué pecados no le precipita? Ponderémoslo, si os place, en Jeroboán, cuyo lamentable suceso, á no estar consignado en el libro tercero de los Reyes¹, no pudiera, en verdad, creerse. Era Jeroboán criado del palacio de Salomón, y tales sus cortas aspiraciones, que jamás soñara nadie con que pudiera suceder á su señor en el gobierno de la mayor parte de sus estados. Dios, no obstante, á un viviendo Salomón, le envió un profeta por nombre Ahías Silonites, que le asegurase de la investidura real sobre diez tribus que le quería conferir su divina Majestad; porque dos de ellas, á saber, la primera y principal de Judá, y la postrera de Benjamín, tenía Dios acordado darlas, en gracia y por respeto á David, á su nieto Roboán. Y como Dios lo prometió, así se lo cumplió, en acabando Salomón sus días².

Pues bien, ¿quién no creyera que el nuevo rey se desviaría en agradar á Dios, entregándose del todo en manos de quien tan sin méritos le había encumbrado á aquella dignidad? Dios le había tomado del polvo de la tierra; Dios mismo le confirió, digámoslo así, la investidura de su reino; Dios le confirmó en su posesión, moviendo é inclinando á su servicio los corazones de los vasallos. Demás de esto, Dios le dió claramente á entender que, á conservarse fiel, le perpetuaría el imperio en su persona y en sus hijos y descendientes, y que él mismo sería su consejero en las dudas, su

El rico y poderoso.

Conclusión.

Emostración á desecharse temer²) con la consideración de los estragos que causa, por ejemplo de Jeroboán.

Exposición: el rey de las diez tribus.

Nudo, por esta lo conjetural, de lo que debía haber sido:

repetición y

¹ 3 Reg., xi, 27.—² Ibid., 20.

protector en las batallas, su libertador en los peligros; y, en una palabra, que le cumpliría muy abundantemente todos los deseos de su corazón: *Regnabis super omnia quae desiderat anima tua* ¹. Pensarían todos con razón: ¡Oh qué rey tan bueno va á ser Jeroboán! ¡qué piadoso! ¡qué devoto será! ¡qué concertado en sus costumbres! ¡cómo procurará pagar á Dios la merced inestimable que le ha hecho!

Mas ¡quién lo creyera! no pasaron de su ensalzamiento muchos días que el malvado rey comenzó á alterarse y turbarse, concibiendo contra Dios toda clase de recelos, temores vanos y desconfianzas criminales. Y fué así que, apenas bien asentado en el trono, dió en imaginar que, si dejaba ir sus diez tribus á Jerusalén á las fiestas y sacrificios de costumbre, convidados de la ocasión corrían riesgo de volver poco á poco á la obediencia de Roboán, su natural señor, por aquella inclinación que el pueblo tiene de seguir antes al que nació su príncipe y cabeza, que al nuevo y advenedizo. Movido de esta aprensión, y contra los divinos mandamientos, acuerda prohibir con públicos edictos toda romería á Jerusalén, toda asistencia al santo templo. Mas, como por otra parte reconoce que el pueblo ha menester de una religión verdadera ó falsa, y no puede pasar sin algún culto y ceremonias, para tenerlo más sujeto ó más supersticioso, ó por lo menos más ocupado, y así no tan dispuesto á rebeliones y alborotos, ¿qué hace el infame político? Mandá fabricar dos becerros de oro, y asienta el uno en Dan y el otro en Betel; y, convocando á todas las tribus y familias á un solemnisimo sacrificio: Veis aquí, les dice, éstos son, ¡oh israelitas!, los dioses que os sacaron de Egipto y de la servidumbre de Faraón, y os sustentaron milagrosamente en el desierto. Y así, estad atentos: en lo porvenir, á éstos habéis de quemar incienso, á éstos inmolár víctimas, á éstos enderezar vuestras plegarias, sin que tengáis necesidad de subir más á Jerusalén ².

¹ 3 Reg., xi, 37.

² Et excogitato consilio, fecit duos vitulos aureos. dicens: Nolite ultra ascendere in Jerusalem: ecce dii tui, Israel, qui te eduxerunt de terra Aegypti. 1 Reg., xii, 28.

¿Queréis mayor ceguedad? Pues hizo y deshizo tanto, que logró desviar á casi todos sus vasallos del culto del verdadero Dios, por manera que ni reprensiones, ni amenazas, ni castigos, ni prodigios y maravillas fueron parte á reducirle jamás á buen camino y á que se fiase de Dios nuestro Señor, mas le miró siempre hasta que murió, no como á su bienhechor más insigne, sino como al enemigo más sangriento de la tierra y envidioso de su cetro y monarquía. Hermanos míos, ¿creeríais que pudiese llegar un hombre á tal extremo de ingratitud y desconfianza? Pues es de fe que llegó entonces un Jeroboán, y llegaron después los Nazarenos, y, á ejemplo de éstos, ¡cuántos y cuántos cristianos llegan cada día, si no manifiestamente, pero sí en lo secreto de su corazón!

X

¡Pecadores ingratisimos, cristianos de poca fe!, ¿de qué dudáis? Si su divina Majestad no os quisiese bien, ¿os hubiera favorecido con tanta liberalidad, con tal largueza, con tan excesivo amor y predilección? ¿Os criara Dios, siendo vosotros nada? ¿os redimiera, siendo esclavos? ¿os proveyera, estando desnudos? ¿os sufriría, siéndole tan rebeldes y contumaces, si no os amara infinita y entrañablemente? ¿Qué desatino, pues, imaginar que os quiere despojar de vuestros bienes, y por esto darle maleficios en descuento de sus beneficios, como si el ofenderle fuera medio de mantener la segura posesión de vuestras riquezas, á pesar de su omnipotente querer? Si quisiera privaros de ellas, ¿qué cosa más liviana y haccedera? ¿Por qué, pues, para no perderlas, las negáis tan sin entrañas á sus pobres? Si quisiera arrebataros vuestros hijos, ¿qué le costaría? ¿Por qué, pues, á fin de no arrancaros de su dulce compañía, los apartáis de propósito de su santo servicio? ¿No podría, si su Majestad quisiese, desnudaros en un punto de esas dignidades y títulos, de esas honras y amistades, de esos mandos y señoríos, si por ventura los tenéis? ¿Por qué, pues, procuráis con malas artes asegurar su estable pose-

Desenlace.

Consecuencia final y transición.

P) Dios os hace mil bienes. Luego no os quiere mal, ni hay por qué recelarse de El.

Pudiera

riquezas,

hijos,

dignidades.

sión, con mengua de su nombre y quebrantamiento de su santa Ley?

Obsesión fi-
nal,
antitesis,
epilogo.

Ea, reconozcámosle de una vez por nuestro único y verdadero bienhechor, y estemos seguros de que nadie nos ama tanto como él. Ea, torno á concluir, démosle en satisfacción de tantos beneficios amor, no malquerencia; acatamiento, no menosprecio; y así, no será menester en el tiempo por venir que nadie haga lo que yo me he visto forzado á hacer en este día, demostrando que hay hombres tan desalmados que pagan mal por bien á Dios nuestro Señor.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOSEPTIMO

Excepto el exordio, que es vehemente, el resto del discurso pertenece al género templado. La **materia** es el feo vicio de la ingratitud. La **cuestión** versa sobre quiénes son los más ingratos y desconocidos á Dios. Las **personas** á quien habla, ó á quien supone que se endereza el discurso, es gente rica y acomodada en el siglo, que ocupada toda en gozar de lo que recibieron del Señor, no se acuerdan de él más que para desconocerle ó agraviarle. El **fin**, ó lo que pretende recabar de ellos, es que no paguen mal por bien, ni mercedes con pecados. La **proposición**, que es enorme y horrenda la ingratitud de los tales que pagan maleficios por beneficios á Dios nuestro Señor. Los **afectos** que excita son dos principalmente: respecto de sí mismos, **vergüenza** y confusión; respecto de Dios, **amor** y agradecimiento.

Invencción. Las **fuentes** de los argumentos son aquí las **causas** de la ingratitud y las **circunstancias** de ella, conviene á saber: las **personas** que son ingratas, el **tiempo** en que más muestran su desagradecimiento, el **modo** con que se valen de los beneficios de Dios como de armas contra Dios, el **extremo** inaudito de esa ingratitud en querer matar con el pecado á su divino bienhechor, la **facilidad** de ser agradecidos á Dios, el cual se contenta con el buen corazón, cuando no podemos llegar á las obras.

¡Qué bien escogidas las razones! Porque la primera virtud de la invención es, según Quintiliano, la **elección**, tan importante en esta materia, que muchos retóricos la consideraron como parte distinta del discurso. A ella pertenece que no nos satisfagamos con cualquiera vulgaridad que se nos ocurra, sino que elijamos lo mejor y **más acomodado** á nuestro intento. Pues hay ingenios tan apocados y humildes, dice, que, dejados los puntos de vista más luminosos ó no penetrando su fuerza, conténtanse con alguna niñería. Fáltales talento, fáltales la penetración para descubrir la verdadera vena de la persuasión oratoria, fáltales el tino del joyero ó lapidario, que sabe aquilatar el valor de los metales y de las piedras preciosas, y distinguir el oro puro del

que no lo es. Y acaece en este particular una cosa harto extraña. Porque oradores hay que todo cuanto se les ofrece lo juzgan por bueno y excelente, engañados de su amor propio, común dolencia del humano linaje; otros, al revés, basta que un pensamiento sea de su caudal é invención, para que les desagrade y lo condenen; y no sé, prosigue nuestro Fabio, quiénes son más reprehensibles: los que todo les gusta, con tal que sea suyo, ó los que, por serlo, todo lo rechazan: *Nescio utros peccare validius putem; an eos, quibus omnia sua placent, an eos, quibus nihil suum placet.* (Inst., x, 3.)

La invención de SÉNERI, como la de los buenos oradores, no consiste en que inventa nuevos argumentos y halla nuevas razones de las cosas, sino en que medita profundamente las antiguas y las convierte en substancia propia y les imprime su sello y carácter, que podríamos llamar **sennerismo**. Lo que no se digiere, daña; los conceptos que no se rumian y las razones que no se penetran, siquiera sea por falta de ingenio, siquiera por falta de calor y de meditación, perjudican mucho, así al orador como á los oyentes. Al **orador**, porque padece agonías, cuando quiere coordinar su discurso, y más aún al declarar sus pensamientos; á los **oyentes**, porque sufren las agonías del orador, más el tormento de oír un concierto desconcertado. Al revés de lo que acontece cuando se han **inventado** cosas dignas y **proporcionadas** á nuestras fuerzas, y que han hecho asiento en nuestra alma: ¡cómo fluyen las palabras! ¡cómo brotan las figuras! ¡con qué brío traspasamos los afectos al corazón de los que oyen! ¡qué fácil es ordenar las ideas como en escudrón cerrado!

*Cui lecta poterit erit res,
Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo* ¹.

Disposición. Es por extremo artificiosa. En el **exordio** levanta la entonación y se indigna gravemente, no contra el auditorio, sino contra los naturales de Nazaret, que intentaron dar la muerte al Salvador. Comunicada la indignación á los oyentes, diceles, como Natán á David: *Tu es ille vir*: Esos sois vosotros.

Muy de notar es el modo de entablar la cuestión y disponer los argumentos con un orden tan natural como eficaz. Lo primero investiga **an sit**, conviene á saber, si es verdad que haya hombres tan ingratos que paguen tan mal y feamente á Dios nuestro Señor. Al orador le parece esto imposible, viendo que ni las fieras son tan fieras, que no den al-

¹ Hor. Epist. ad Pisones, 40-41.

gunas muestras de agradecimiento. No carece este pasaje de cierta afectación, nacida por ventura de la poca fe que damos á las historias que cuenta y al tono que en él domina. Dáñale también el uso de la prosopopeya para hacer hablar á los animales: figura violenta y que obliga luego á decir á los oyentes:

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi ¹.

Con todo eso, me parece sublime y natural aquel arranque: «Hombres, hombres; cristianos, cristianos..., venid conmigo á las selvas y soledades, á las rocas y cavernas, donde aprenderéis de los brutos leyes de humanidad y agradecimiento. Estos irracionales, regalados por vosotros, veis cómo se amansan y domestican, oyen vuestra voz, obedecen á una señal de vuestra voluntad, siguen vuestras pisadas... ¿Y vosotros hacéislo al revés con Dios vuestro bienhechor?»

Lo segundo, desenvuelve la cuestión **quid sit**, ó sea la naturaleza y calidades de esa ingratitud, considerando las **circunstancias**, que la rodean, con admirable progresión. Porque, si es desconocimiento grande ofender al bienhechor en el tiempo mismo en que nos colma de favores, mayor lo es servirse de los dones para hacerle guerra, y sin comparación mayor procurarle la muerte á todo trance. Esto hacen los hombres, y más los más queridos y regalados de la divina Providencia, cuando emplean el ingenio, la hermosura, las riquezas, la prosperidad en ofensas contra Dios. Luego son ingratísimos. Por esta causa concluye muy bien: «¿qué pecado sería tan feo y detestable no dar á Dios las debidas gracias por tantos beneficios? ¿qué sería el ocultarlos? ¿qué el negarlos? ¿qué el lanzarlos de nuestra memoria? Pues ¿qué nombre merece quien ultraja á tal dador?» Y como el último paso, de querer dar la muerte á nuestro Señor, es tan horroroso, lo **prepara** discretamente con la historia del emperador Basilio, que dió la muerte al que le salvó la vida; y tras ella exclama: «Y vosotros ¿qué le disteis en galardón á Dios? Oídsele al Apóstol de las gentes: Tomasteis, dice, en vuestras manos el fatal cuchillo y los sangrientos clavos... y por manera extraña volvisteis, ¡oh monstruos de ingratitud!, volvisteis á crucificar al Hijo de Dios, haciendo de ello ostentación y donaire... ¿Y no se horroriza vuestra alma?»

Preguntará alguno: ¿por qué desde este argumento (§ vi) parece como que decae la oración, ó que ya no excita afec-

¹ Hor. ad Pisones, 188.

tos tan vehementes?—¿A quién habla el orador? A los **ricos**. ¿Qué sentimiento quiere despertar? La **vergüenza**. Pues luego mal cuadraría aquí la elocuencia clamorosa, que podría alejar á los oyentes y destruir ó menoscabar el éxito; porque no hay cosa más delicada que los ricos, ni más quebradiza que el afecto de la vergüenza. Y en corazones generosos no cabe duda que hace más impresión aquel preguntar con tanta insistencia: «Y ¿por qué, decidme, por qué tratáis tan mal á un Dios tan bueno? ¿por qué, respondedme, hermanos míos, por qué?», que las acres invectivas y vehementes apóstrofes, las cuales, si sacan á las veces los colores al rostro, no son de vergüenza, sino de ira y despecho. ¡Y cuán hondamente los confunde y llena de rubor con la ponderación de lo fácil que es mostrarse agradecidos á Dios, y sobre todo encareciendo la gratitud que sentimos hacia los mismos animales que nos hacen algún servicio! ¡Dios, pospuesto en nuestra estima, no sólo á los hombres, pero á los mismos brutos! La peroración, que comienza en el párrafo VIII, «¡Ay de mí, que me veo corrido y avergonzado de haber traído á comparación al Dios de la majestad con los brutos animales!» hasta la segunda parte es de una suavidad irresistible que penetra los huesos. ¡Dichoso el que la experimente, y más dichoso el que posea el arte de mover grandes afectos sin ruido de palabras, mas con la unción de la caridad de Cristo!

Lo tercero, ahonda más en el ánimo de los oyentes y estudia la cuestión **cur sit**, esto es, cuál sea la causa de tan negra y enorme ingratitud, y hállala en la secreta persuasión de que nos quitará el Señor lo que nos dió, si le somos agradecidos. Esta contradicción declara bien en la segunda parte con los ejemplos de los Nazarenos y del ingrato rey Jeroboán, en quien hace ver y sentir los estragos que causa ese vano temor, y por ahí se encamina á la última peroración, que empieza (§ X): «¡Pecadores ingratisimos! ¡cristianos de poca fe!, ¿de qué dudáis?...» donde arranca de raíz esas desconfianzas y con obras de amor engendra amor y gratitud, que es el fin de todo este razonamiento.

Elocución. Es noble y serena, apropiada al asunto y á las personas á quien se dirige. Porque «los ricos, como dice Aristóteles, son desdeñosos y contumaces, como que piensan que no han menester de nada ni de nadie. Regalados y altaneros: regalados, por la abundancia en que nadan y cierta ostentación de hombres felices; altaneros y arrogantes, porque imaginan que todo el mundo los está mirando, como quien espera de ellos alguna merced, por ser muchos los que han menester de sus riquezas. De aquí el dicho de Simónides á la mujer de Hierón, que le preguntaba qué era

mejor, ser rico ó ser sabio, á la cual respondió el filósofo: **ser rico, porque he visto muchas veces**, añadió, **á sabios y filósofos aguardando á las puertas de los ricos**. Estos, finalmente, son desvanecidos y ambiciosos, porque se tienen por merecedores del mando: son, en una palabra, los caracteres de los ricos los de un loco bienaventurado»¹.

¿Cómo trataremos, pues, á este linaje de oyentes, de manera que ni se den por lastimados ni perseveren en sus vicios? Como lo hace nuestro orador, esmerándonos en la **forma**, pero guardando, á la verdad, su **fuerza** y amargura. Humillarlos, no con gritos, sino con razones; no con amenazas de temor, sino con el peso incontrastable del amor divino despreciado. Dos **cautelos** usa para este intento: la **primera**, la de evitar figuras patéticas de mucha valentía; y la **segunda**, no dar un paso sin el ejemplo vivo, donde vean los oyentes su propia deslealtad antes que el orador les dé en rostro con ella. Sin este artificio, ¿cómo los confundiría, los ruborizaría, los anonadaría, ya desde el comienzo de la oración, comparándolos y aun posponiéndolos á los brutos animales?

¹ Rhet. Lib. II.

